

—¡Castilla por D. Enrique!—gritaron en la plaza mil voces en una.

—¡Castilla por D. Enrique!—repitieron en la escalera del alcázar.

—¡Castilla por D. Enrique!—resonó por tercera vez en la puerta de la cámara real, y Don Fadrique de Luna, seguido de su hijo y de gran número de soldados, entró por la puerta principal de la cámara, en tanto que Villena y los suyos huían vergonzosamente por la puertecilla secreta que les había dado paso.

## VIII

## LOS LUNAS

La primera mirada de D. Fadrique se dirigió en busca de la Reina: al descubrirla desmayada en el ancho sillón, se arrodilló delante de ella y besó una de sus manos.

Gonzalo, entre tanto, había visto á su hermana sin sentido en los brazos del Rey.

—¡Luz!—exclamó extendiendo los suyos para recibirla.

Al eco de esta voz amiga, abrió la joven los ojos y los fijó en el semblante del caballero.

—¡Hermano mío!—murmuró con débil voz.—¿Y nuestro padre?—preguntó en seguida.

Pero D. Fadrique llegaba ya, y la estrechó amorosamente contra su seno.

—Al fin te veo, hija mía—exclamó el anciano con los ojos llenos de lágrimas:—¡si supieras cuánto sufría lejos de ti!

—¡La hija de Luna!—murmuró el Rey:—¡es más noble, más niña y mucho más hermosa que Doña Guiomar!

Y sus ojos se fijaron con amor en la pobre doncella á quien había estado á punto de matar pocos momentos antes.

Comenzaba á volver en si la Reina, y Luz iba á acercarse á ella; mas su padre la contuvo suavemente.

—Señor—dijo en voz baja y aproximándose al Rey,—prometedme que no direis á nadie jamás que el paje Fernando era mi hija Luz; y vosotros, caballeros—prosiguió volviéndose á los nobles,—concededme, os ruego, el mismo favor.

—¿Pero de qué servirá esto, cuando la han de ver aqui todos los días?—dijo el Rey;—y además, ¿por qué ocultar todo lo que vale este ángel de paz?

—Nadie la verá, señor—contestó el de Luna,—porque antes de amanecer tomaremos el camino de Aragón, sin que mi Luz deje su vestido de paje.

—¡Cómo, D. Fadrique! ¿con que me dejáis de nuevo?—exclamó el Rey con doloroso acento;—¿me dejáis, sin que pueda pagaros todo lo que os debo?

—Si algo vale el servicio que he tenido la di-

cha de hacer á V. A., señor—contestó D. Fadrique,—no pido más recompensa que el permiso para marchar.

—Idos, pues—dijo tristemente el Rey:—ahora al menos—añadió bajando la voz,—dejad á Luz al lado de la Reina.

—¡Imposible, señor!—respondió con acento firme el anciano:—he consentido en separarme de mi hija mientras sus servicios han hecho falta á mi bienhechora—continuó besando una mano de la Reina, quien, recobrada ya y comprendiendo lo que pasaba, le dió gracias con una dulce sonrisa.—Ahora—concluyó D. Fadrique,—no puedo consentir en alejarme de aquí sin mi Fernando.

—¡Cómo!—exclamó Doña Juana,—¿os le lleváis?

—Si, señora; pero os dejo un buen amigo en el Conde de Ledesma—dijo D. Fadrique estrechando entre las suyas las manos de D. Beltrán:—á no ser por él, hubiérais caído en poder de Villena antes de llegar yo.

—Venid aquí, la Cueva—dijo el Rey:—desde hoy sois Duque de Alburquerque, y os damos además los señoríos de Atienza y Roa. Quedad con Dios, D. Fadrique—prosiguió dirigiéndose al anciano;—adiós, Gonzalo: ya que os obstináis en partir, no me opongo á vuestro deseo; pero jamás olvidaré que os debo mi corona y mi vida.

Inclináronse los Lunas, pero no besaron la mano del Rey: para aquellos nobles caballeros era un imposible amar ni respetar á aquel hombre; únicamente acataban la corona que ceñía sus sienas.

—Adiós, Fernando—prosiguió el Rey tomando en las suyas las blancas y delicadas manos de Doña Luz:—si alguna vez sufris ó deseáis algo, acordaos del Rey de Castilla.

Después besó la mano de la Reina y salió de la estancia apoyado en el brazo de D. Beltrán y seguido de todos los cortesanos.

## IX

## EL SACRIFICIO

Al rayar el día siguiente, salió Beltrán de la Cueva de su casa y se dirigió al alcázar; mas los Lunas habian partido ya, y no encontró de ellos otro resto que esta carta escrita de mano de Doña Luz:

«Adiós, Conde: os he amado y os amo como á nadie en el mundo; pero amo más que todo la ventura de la que salvó la vida de mi padre.

Voy á encerrarme en el Convento de Santa María, y en él rogaré al cielo que os haga feliz.

—Luz.»

Palideció el Duque al leer esta carta y ocul-

tó el rostro entre las manos, permaneciendo largo rato en esta postura.

Aquel golpe cruel aniquiló para siempre sus facultades de amar: la ambición ocupó exclusivamente su alma, y volvió á fingir con la Reina un cariño que ya no podía sentir.

Sus miras se cumplieron: D. Enrique, enteramente subyugado por él, lo elevó á la cumbre del poder, lo que no impidió que el inconstante Monarca le aborreciese y desterrase un año más tarde.

En cuanto á Doña Juana, gracias al sublime sacrificio de su paje, recobró la tranquilidad de su espíritu con la certeza de ser amada; aquella pasión, culpable en verdad, pero excusable por las circunstancias que la acompañaban, era toda la parte de ventura que Dios había querido concederle en este mundo de dolor.

Luz de Luna profesó al año de entrar en el Convento: en el fondo de su alma y junto al amor de Dios, vivió siempre el recuerdo de Don Beltrán; quizás aquella pasión dolorosa alcanzó del Señor el perdón de los extravíos del Conde de Ledesma; tal vez el largo martirio de la pobre joven borró del libro de la justicia divina las culpas del favorito de la Reina. ¡Felices aquéllas que, como Luz, lo alcancen! ¡Felices, sí, por mucho que hayan sufrido!

Varias veces, al contemplar la blanca antorcha del firmamento cuyo nombre llevaba la hija

de D. Fadrique, se deslizaba una lágrima de las negras pupilas del Conde, y sus labios murmuraban estas palabras: «¡Ruega al cielo por mí!...»

Y al mismo tiempo una joven religiosa del Convento de Santa María fijaba sus azulados ojos en el astro de la noche, y decía en voz tan baja que se perdía en las auras perfumadas de su jardín: «¡Oh, Dios de bondad! ¡hacedle feliz!... ¡pero no arranquéis mi recuerdo de su corazón!...»

Antes de cumplir veinte años, murió Luz de Luna: las buenas religiosas la acostaron para que durmiese el sueño eterno en una urna de mármol rodeada de flores, y decían que todas las noches una paloma blanca iba á posar su vuelo sobre el sepulcro.

Era el alma de Luz que iba á pedir al astro, que le dió su nombre, un recuerdo del poderoso Duque de Alburquerque, proscrito ya y desterrado.

¡Alma bendita é inocente!

FIN DE LUZ DE LUNA